



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 294 – 6 de octubre de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. **Momentánea indigestión**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **Ellos y los demás. ¿España despierta?**, *Manuel Parra Celaya*
3. **Las declaraciones de un arzobispo**, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. **Yo estuve allí y esto es lo que vi**, *Olga Bautista Camarero*
5. **Metáfora de Piqué**, *Ignacio Camacho*
6. **Tiempo de adiós**, *Luis Herrero*
7. **48 horas de furia en TV3**, *José García Domínguez*
8. **De cinismo y cobardía, apaciguamiento y perdición**, *La Tribuna del País Vasco*
9. **¿844? No: 4**, *Ramón Pérez Maura*
10. **Socialismo e independentismo**, *Eligio Hernández*

I

Momentánea indigestión

Emilio Álvarez Frías

Los días de esta semana son como de compás de espera, en los que se han de estar guisando todas las alternativas posibles para el enderezamiento del caso catalán. Ninguno de los actores muestra su partitura pero todos dejan caer las notas que van poniendo en el pentagrama. Es como si al mismo tiempo se estuviera preparando un cocido madrileño, unas butifarras con monchetas, un lacón con grelos, un rabo de todo a la cordobesa, una chanfaina extremeña, un bacalao al pil pil, u otro cualquiera de los muchos alimentos de la cocina nacional. Pero nadie de los fogones apunta qué alimento es el que va a salir primero, esperando descubrir cuál sacará el otro cocinero. Es como cuando en el oeste americano el bueno y el malo se enfrentan y se miran detenidamente a los ojos intentando adivinar cuándo el otro hace el gesto para sacar el colt.

Y en este caso, como en el oeste, hay bueno y malo, porque hay quien rompe las normas establecidas y quien tiene la obligación de hacer todo lo posible para mantenerlas. Y como al final de la película, ha de ganar el bueno, restablecer el orden en el pueblo y que el sheriff recobre todas sus prerrogativas para que la vida de la comunidad siga su curso. Y, a ser posible, después de hacer comprender al malo cuál es el buen camino, conseguir que nadie muera aunque los que perturbaron la convivencia con balandronadas, abuso de poder, y trampas en la sala de juego, tengan que emigrar para que reine la paz.



Aquí ha quedado de manifiesto el intento de romper la unidad de un país secular, con una

importante historia en común, con una cultura elaborada entre todos a lo largo de siglos de convivencia; y es evidente que para ello se ha ido minando a la sociedad; se ha manipulado la enseñanza en las escuelas creando el enfrentamiento entre las gentes; han metido la mano descaradamente en la caja común para incrementar el peso de determinadas bolsas o para maniobrar conciencias o situaciones de privilegio; han saltado por encima de todas las disposiciones que rigen los destinos de la nación, pisoteando leyes, riéndose de sentencias judiciales, violentando cuanto se interponía a sus manejos y en su camino; han actuado con una felonía sin parangón; han enfrentado a una parte de la población con la otra parte, e incluso dentro de las familias; y en el momento de la supuesta traca final, han sido tramposos hasta grados superlativos, montando una farsa de referéndum, para el que valía cualquier lugar de votación (colegios, la calle, las iglesias), se podía votar tantas veces como se quisiera, valía cualquiera desde extranjeros indocumentados a niños de primaria, ello sobre unas urnas opacas que al ser colocadas ya llevaban un considerable número de papeletas en su interior,...; han enfrentado a los profesionales de la algarada, junto con los tontos útiles, a las fuerzas del orden público que cumplían con su obligación;...

Todo ello ha provocado que la parte de la población que ha estado atemorizada, ha sido vejada durante años, ha carecido de libertad para manifestar su punto de vista y deseos, haya roto las cadenas y esté mostrando públicamente su españolidad junto con su catalanidad; y se ha apreciado en la Bolsa una baja en los valores de Bancos y empresas de la zona; y Bancos y empresas se han puesto en marcha para emigrar de Cataluña, siguiendo una retahíla que ya se inició hace años; y ha dado lugar a que los partidos de la izquierda abran un poco las compuertas de sus intenciones, unos más que otros, unos mediante manifestaciones inconcretas y confusas, y otros con toda su malhadada intención de romper el país para montar sobre sus escombros un estado marxista como lo intentaron sus abuelos y sus padres, sin conseguirlo.

Permanecemos a la espera de quién desenfunda primero, y cuál de los dos personajes del duelo lo hace mejor, con más tino e inteligencia. Con la esperanza de que, como en las películas, sea el bueno el que gane, y a ser posible sin resultar herido de consideración.

Mientras, sigamos con nuestras costumbres, nuestras predicciones, nuestros deseos. Salgamos a la calle a mirar a los ojos a unos y otros para ir descubriendo quiénes se inclinan para un lado o para el otro. Y lo hacemos hoy con un botijo de hechura curiosa para una pieza de cerámica dedicada a conservar fresca el agua para ir dando tientos a lo largo del día. Tiene forma de gallo, es esmaltado y con figuras punteadas en otro tono, y de origen desconocido. Pero nos ha parecido oportuno llevarlo como mascota en estos días pensando cuál de los dos gallos se llevará de calle el harén del corral.



2

Ellos y los demás. ¿España despierta?

Manuel Parra Celaya

El separatismo siempre ha dado muestras de una característica innata, que le viene otorgada por su trasfondo ideológico de nacionalismo *irredento* y por su origen cultural e histórico en el romanticismo decimonónico: el victimismo.

Suceda lo que suceda, se desenvuelvan de una forma u otra los acontecimientos, el recurso a la lamentación y al martirologio, cuando no a la lágrima, está servido. El culpable está señalado de antemano –en este caso, España– y a él se deben los aciagos derroteros que han jalonado a lo largo de la historia reciente los intentos de segregación.

El ridículo tartarinesco de Prats de Molló o el golpe de estado contra la II República del 6 de octubre de 1934 son muestras históricas de este rasgo. Más recientemente, en los años 80, el *caso Banca Catalana* evidenció cómo ese sentimentalismo victimista es capaz de ser inculcado y consiguientemente asumido por las masas alucinadas por el *irredentismo*.

Todo esto es conocido de sobra, pero no es óbice para que las situaciones –como las cebollas o *cevas*, en catalán– repitan una y otra vez.

Resulta que las gentes de diversos lugares de España han vitoreado y aplaudido al paso de los convoyes de la Guardia Civil trasladada a Cataluña para hacer frente al desaguisado de Puigdemont, y, entre los gritos lanzados, uno ha molestado especialmente a los separatistas: *¡A por ellos!* Inmediatamente, se ha echado mano del recurso victimista y han afirmado que ese *ellos* se refería a todos los catalanes en bloque, y la espuria conclusión que han transmitido es evidente: *¿Veis como nos españoles no nos quieren?* Este torticero argumento ha sido aireado, claro está, por todos los medios de difusión, audiovisuales y en papel, de los que dispone la Generalidad gracias a los dineros de todos.

Pero, no por casualidad, uno de los carteles que *adornaban* Barcelona en pro del supuesto referéndum y de la *república catalana* rezaba así: *Si tú no votas, ellos ganan*. En este *ellos* nos encontrábamos todos los que queremos mantener la secular unidad de España y respetamos las leyes, desde el partido gobernante hasta la oposición civilizada, desde los economistas a los intelectuales, desde los empresarios hasta los trabajadores no sometidos a los sindicatos *mayoritarios* (es un decir) en Cataluña; estamos incluidos los catalanes contrarios a los planes separatistas; están incluidos los de derechas y los de izquierdas; están incluidos Marsé, Serrat y compañía, que parece que ahora han bajado del guindo.

Es decir que, para los secesionistas, hay una clara frontera entre el *nosaltres* (nosotros) y el *ellos*, que son todos los demás.

Pero esta clasificación de *ellos* y *nosotros* es mucho más preocupante y peligrosa de lo que suponen los inspiradores y creadores de los carteles propagandísticos; la historia de los dos siglos pasados nos habla de esta sima abierta, como si se tratara de una maldición bíblica sobre el conjunto de los españoles.



Manifestación contra el 1-0 en la vía Layetana

De momento, a su lado solo se han posicionado los que se empeñan en negar la propia existencia de España, quienes quieren romperla en trozos irreconciliables entre sí; también se han ubicado en su defensa, como inevitable coro, los que pretenden hacer tábula rasa de toda una herencia cultural, religiosa, moral e higiénica. La coreografía la forman los tontos del haba, los entregados a la ignorancia desde las aulas y un puñado de

clérigos que desconocen la historia y tienen vocación de judas.

Al otro, todos los demás catalanes y el conjunto de una sociedad española que ahora empieza (¡ojalá!) a despertar de la somnolencia del fútbol y de la falta de conciencia nacional; todos los que ven como cosa normal la querencia a sus respectivas patrias chicas y el amor y la adhesión a la patria de todos.

Ayer sábado asistí a la manifestación de Barcelona en la plaza de San Jaime, y pude vivir, entusiasmado, el ambiente en el que miles de barceloneses, con banderas españolas, catalanas y europeas, opinaban sobre el pseudo referéndum y el separatismo; al llegar a casa, me fui enterando de que, en diversos lugares de toda España, se habían celebrado actos similares: ¿está

el pueblo español despertando de un mal sueño? ¿Habrá que repetir las palabras del juglar del Cid sobre el *buen vasallo*, etc.?

Cuando escribo estas líneas, aún no sé cómo se va a desarrollar esta jornada del domingo, día 1 de octubre; la propaganda separatista no cesa de anunciar una especie de apocalipsis; pero la realidad es que *ellos* no van a conseguir sus fines. Y mi deseo ferviente es que, con el avance del raciocinio y de la reflexión, no pretendan seguir abriendo brechas entre los españoles y ese *ellos* quede reducido, como siempre, a la minoría de recalcitrantes *victimistas*.

3

Las declaraciones de un arzobispo

José M^a García de Tuñón Aza

Quien más y quien menos, de una manera u otra, habrá llegado a los lectores de este medio, la declaración de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española ante el grave estado que ha vivido y sigue viviendo Cataluña. Esta gravedad representa una enorme preocupación para la mayoría de los catalanes y también para la mayoría de los españoles. La nota de esta Comisión Permanente consistía en seis puntos en la que, entre otras cosas, se pedía «avanzar en el camino del diálogo y del entendimiento, del respeto a los derechos y a las instituciones y de la no confrontación, ayudando a que nuestra sociedad sea un espacio de fraternidad, de libertad y de paz».

Palabras que quedan bien y que habrán gustado mucho a los *podemistas* que son, por lo que se lee y se oye, los que con más ansias lo piden. O sea, los mismo que no hace mucho una de sus militantes gritaba aquello de: «¡Arderéis como en el 36!». Pero, permítaseme que escriba que no entiendo que se pida dialogar con aquellas personas que ya han elegido la secesión. O, dicho de otra manera, como ha declarado el socialista Alfonso Guerra: «En Cataluña hay un golpe de



El arzobispo de Oviedo, Fr. Jesús Sanz Montes

Estado; no se puede negociar con golpistas». De otra manera, difícil arreglo tiene esta situación mientras la Educación, la Seguridad y la Televisión sigan en manos de la *Generalitat*.

Dicho todo esto, no quiero pasar por alto las declaraciones recientes que ha hecho en el periódico *La Nueva España*, al periodista Pablo Álvarez, el arzobispo de Oviedo, Jesús Sanz Montes, nacido en Madrid en 1955, sobre su participación en la ya citada comisión en la que él forma parte como miembro ejecutivo. En primer lugar señala que algunas de sus propuestas para incluir en el documento no fueron aceptadas y reconoce que el texto ha resultado tan «aséptico, neutral

y quintaesenciado que termina por no llegar a nadie, ni a unos ni a otros». Por otro lado, el arzobispo dice que ser independentista no es pecado, pero el actual proceso secesionista de Cataluña constituye una «profunda inmoralidad» porque sus promotores incurren en «mentiras, corrupciones, insidias y engaños». Al mismo tiempo, critica a aquellos sacerdotes que «ponen fronteras desde el púlpito», a los que acusa de desplegar «una praxis no cristiana, sino sectaria».

Citó la Carta Magna, que fue un verdadero ejercicio de respeto, consenso y concordia. «Pusimos encima lo que nos unía». Ese marco legal de convivencia, sigue diciendo el arzobispo, supuso acercamiento, hacer concesiones, siempre y cuando fueran razonables en aras de una memoria histórica atendible y respetable. Y, sobre todo, no tanto mirando al pasado, sino hacia adelante

para construir juntos desde nuestra rica pluralidad un futuro mejor en la paz y en la concordia. En estos momentos romper este marco de modo unilateral, cizañarlo con la insidia que enfrenta y divide, falsear con la mentira todas sus alternativas trucadas, engañar con vileza a un pueblo para hacerle cómplice de una inconfesada deriva, todo eso no sólo atenta contra el Estado de derecho, no sólo mina la convivencia a tantos niveles, desde el más elemental y doméstico, como son las familias, sino que es profundamente inmoral. Y cuando hablamos de inmoralidad ya no estamos hablando de una cuestión política siempre; no solamente hablamos de los 40 años de democracia en España, con toda la pluralidad de las diferentes regiones que componen en esta patria...

La entrevista sigue con este arzobispo, pero nosotros la dejamos aquí; pero no sin antes repetir las mismas palabras que Miguel de Unamuno le dijo al falangista Bartolomé Aragón, poco antes de morir aquel día de pleno invierno, en la plateresca Salamanca: «¡Aragón! ¡Dios no puede volverle la espalda a España! ¡España tiene que salvarse!».

4

Yo estuve allí y esto es lo que vi

Olga Bautista Camarero

Magistrada y miembro de la asociación Jueces Francisco de Vitoria (*El Español*)

7 de octubre en cualquier lugar de Cataluña. No quería que me lo contasen, ni unos ni otros, por eso a las 8 de la mañana estaba en la esquina del colegio electoral de mi barrio. Había unas 200 personas, y poco a poco iba llegando más gente de todas las edades, sólo uno se arropa en la estelada, pero alguien le indica que se la quite y lo hace. Hay gente también en el patio del colegio, la puerta está cerrada, pero se encaraman en la verja. Son jóvenes; algunos, niños.

Una pareja de mossos d'Esquadra está en la esquina opuesta a la mía. No hacen nada, miran al infinito. Una joven se acerca a darle dos claveles blancos, que no rechazan, pero acto seguido los dejan en un banco cercano. Una madre con sus dos hijos pequeños, de entre 5 y 7 años, se acerca a la puerta del colegio. Los niños sacan unos instrumentos de música y se ponen a tocar *Els Segadors*. La gente se calla, escucha, uno de los mossos comenta que le parece emocionante; yo no doy crédito a tal comentario.



Por medio de megáfonos organizan el comienzo de la votación. Piden a los niños y a la gente mayor que se coloque en la puerta, que se forme un pasillo que proteja a los que van a votar. Hay hasta un octogenario con una silla que se ha traído de casa. Se forma una fila considerable de gente dispuesta a votar. Se comenta que se puede hacer sin sobre, en cualquier colegio y con cualquier papeleta que se hayan traído de casa. Todos consultan las redes sociales para tener información.

Me encuentro mucha gente conocida, me miran con perplejidad, les comento que he venido a verlo porque no quiero que me lo cuenten. Parece que les sorprende gratamente, me comentan la emoción que han sentido cuando, de madrugada, han llegado las urnas. Yo callo.

Sólo quedan dos minutos para que se abra el colegio, reconozco que no entiendo la pasividad de los mossos y que empiezo a indignarme. De pronto alguien avisa de que viene la policía.

Unos cinco furgones de la Nacional avanzan por la calle. Se deshace la fila y se forma una piña en la puerta del colegio. La gente sale a los balcones, la policía se despliega en silencio, comienzan

los gritos de «asesinos», «hijos de puta» y «votaremos». Se intentan acercar a la puerta del colegio, les increpan, les tiran agua. Aguantan impertérritos.

La gente forma una cadena abrazándose unos a otros para que no entren en el colegio. Los agentes disparan al aire, los niños se asustan y lloran y entonces la gente les insulta porque no tienen vergüenza, «¿no veis que hay niños?». Y yo me pregunto, ¿qué hacen aquí estos niños? ¿No han sido sus propios padres quienes les han colocado en la puerta del colegio sin pensar en su integridad? Nuevamente siento

Vienen más furgones, salen rápidamente los policías y se avivan los insultos, las consignas, los gritos. Algunos empiezan a correr, no sé muy bien por qué. Aumenta la tensión. Y entonces, por primera vez en mi vida, me identifico con el carnet profesional ante el inspector al mando interesándome por si puede haber problemas. Me indica que tienen orden de no cargar, pero me ofrece un asiento en un vehículo si la cosa se pone fea. Se lo agradezco, pero estoy como espectadora y no tengo intención de molestarles en su trabajo. Me mantengo fuera del cordón policial.

La policía se mueve rápido. Algunos agentes forman un cordón protegiendo los vehículos e impidiendo el paso de la gente mientras el resto entra en el colegio a retirar las urnas y las papeletas. Y sí, hay un herido. La gente grita con fuerza que son «asesinos», y vuelven los insultos. Comentan que es «violencia» ante un «acto democrático».

De entre el tumulto sale mi madre, catalana y firme defensora del hecho diferencial, pero no independentista. Indignada me comenta que bastante había aguantado ya el policía al energúmeno que le escupía, insultaba y empujaba, y textualmente dice: «Antes le hubiera dado yo».



Los agentes no miran a la cara de los que, sin ningún pudor, se les colocan delante para insultarles, reclamándoles respeto a la «democracia», recriminándoles su «opresión», señalándoles como «invasores». Son muchos, jóvenes, mayores, hombres y mujeres que sin reparo se colocan a escasos centímetros de los policías para increparles con todo lo que se les pasa por la cabeza.

Delante de mí un hombre descarga su ira verbal frente a un agente que desvía la mirada y ni se inmuta externamente; supongo que por dentro debe llevar la procesión. Cuando el individuo se cansa y se marcha, el policía me mira y no puedo reprimirme, vuelvo a sacar el carnet profesional, se lo exhibo al tiempo que le digo lo orgullosa que estoy de ellos. Sorprendido me sonrío y me da las gracias.

Incautadas las urnas se despeja la zona. Aquí no se votará. La policía se desplaza a otro punto conflictivo, y yo, después de dos horas de formar parte de la triste actualidad que nos ha tocado vivir en Cataluña, también me voy.

Siento indignación por lo que he tenido que escuchar, estupor por la ira que gran parte de la gente rezumaba, cierto temor por lo que pueda pasar mañana –y quien dice mañana dice de ahora en adelante–. Estoy convencida de que mi versión no será la que cuente la gente, porque no ofrece el victimismo buscado, pero yo estuve ahí, y esto es lo que viví.

5

Metáfora de Piqué

Ignacio Camacho (ABC)

El futbolista Piqué no debe abandonar la selección española. El futbolista Piqué debe ser expulsado de la selección española. Porque por algún sitio este país ha de empezar a respetarse a sí mismo y el fútbol, aunque no sea un asunto de gran relevancia, tiene una enorme fuerza social en el plano de los símbolos. Bien lo saben los nacionalistas catalanes, que han convertido al Barça en emblema de su mito del pueblo cautivo. España tiene que rebelarse de una vez contra esa condición de cenicienta desdeñada que le ha adjudicado el separatismo; ese humillante papel de payaso de las bofetadas que ríe resignado con la rutina de los agravios al Rey y al himno. Dejar de ser el anfitrión complaciente que cede la casa y la cama a quien lo trata como a un enemigo.

Son sólo detalles, sí, pero detalles en los que se esconde el modo de enfrentarse a un conflicto. El de Cataluña es una revuelta incubada en un largo tiempo de autocomplacencia y victimismo, a la que España ha asistido con complejo de culpa, con un sentimiento remordido. Todavía hoy persiste esa torturada impronta de contrición tras la asonada golpista del domingo, como si los españoles tuviésemos que hacernos perdonar las ofensas que hemos recibido. Como si nos agobiase la mala conciencia de haber desatado los demonios de una justa rebeldía ante nuestro secular autoritarismo.

Por eso el mayor Traperero sigue en libertad; por eso Puigdemont y Junqueras continúan conspirando en pleno ejercicio de sus cargos. Por eso hay una revolución en marcha para desintegrar el Estado. Por eso el Gobierno titubea, la justicia bosteza y la sociedad asiste impávida a los síntomas de colapso. Por eso Pedro Sánchez exige una rendición al chantaje disfrazada de diálogo. Por eso los independentistas están dispuestos a proclamar la secesión por un atajo. Por eso las banderas rojigualdas que han florecido en una insólita sacudida de hartazgo languidecen en los balcones hasta que sus dueños las recojan y plieguen de nuevo en los armarios melancólicos del desencanto.

Por eso Piqué cree que puede jugar con la camiseta española sin atisbo de incoherencia. Porque en su profundo narcisismo está acostumbrado, como todos los soberanistas, a la ley del embudo, a hacer siempre lo que mejor le convenga. Porque nadie le ha hecho ver nunca que hay en España otros sentimientos de identidad y de pertenencia, códigos intangibles que exigen un mínimo respeto a unas reglas. Porque el nacionalismo se ha habituado a pensar que lo suyo es sólo suyo y lo de los demás, de todos, y a sentirse acreedor eterno de una ficticia deuda. A considerar dependiente a una nación a la que le reclama la independencia.

Por eso el nacionalismo va ganando su batalla. Porque nunca encuentra quien le refute su sinrazón, le ponga pie en pared o le plante cara. Y porque tiene más convicción en su proyecto que los españoles en el de España.



6

Tiempo de adiós

Luis Herrero (Libertad Digital)

O la política sirve para llevar esperanza a los ciudadanos, o sirve para muy poco. Se vota a quien puede hacer que las cosas mejoren, a quien resuelve problemas, a quien encuentra salidas en los laberintos. O, al menos, a quien merece la duda razonable de ser capaz de conseguirlo. Ayer, en Cataluña, se vio con claridad meridiana que el Gobierno de la nación no está a la altura de ese requisito.

Había contraído un solemne compromiso ante la sociedad española: no iba a haber otro 9-N. No habría colegios abiertos. Ni urnas. Ni papeletas. No habría más votación que la que pudiera producirse, de manera aislada y testimonial, en los pequeños pueblos de la Cataluña escarpada. La hemeroteca no me dejará mentir. Y la memoria de la gente honrada, tampoco.

Y, sin embargo, ayer vi en Barcelona con mis propios ojos muchos colegios abiertos y largas colas de votantes. Había urnas. Y papeletas. Y policías de mirada pastueña contemplando con arrobo el espectáculo, tan ilegal como pacífico, tan tolerado como sedicioso. No vi en directo ninguna carga. Anduve durante horas y no tuve ocasión de toparme con ninguna escena de tensión. Si no hubiera tenido acceso a la radio, a la televisión y a las alertas del teléfono móvil mi crónica –cargada de perplejidad, eso sí– hubiera sido la de una plácida mañana de domingo, cenicienta y húmeda, de otoño frente al mar, en una Barcelona perezosa, silenciosa y electoral. Solo había bullicio, y poco, en las puertas de los colegios. Una manzana más allá la astenia dominguera volvía a adueñarse del paisaje urbano.

Cerca de la Sagrada Familia, sucesivas oleadas de turistas japoneses le daban un soplo de vitalidad al bostezo cosmopolita de la ciudad adormilada. Quise entrar en el templo para ver si el cardenal Omeya lanzaba mensajes entreverados en la homilía de la misa de 12, pero un guarda jurado me dijo que el culto catedralicio era muy madrugador y que la siguiente misa sería a las nueve de la mañana del día siguiente. O me unía a las multitudes niponas, pasando por caja, o me quedaba sin ver por dentro la inventiva constructiva de Gaudí. Así que seguí paseando por las calles y elevé a definitiva mi conclusión particular: estaba pudiendo votar todo aquel que quería hacerlo.

¿Por qué, entonces, había querido regalarle Rajoy a los independentistas las imágenes de las cargas policiales que estaban ocupando los espacios preferentes de todos los medios de comunicación, nacionales y extranjeros? ¿Por qué permitía que Junqueras, Puigdemont, Colau, Forcadell y Ana Gabriel, los cinco magníficos de la rebelión, votaran ante la atenta mirada de la prensa, sin que ningún achuchón uniformado les incomodara, y en cambio mandaba acometer arbitrariamente a anónimos ciudadanos del común?



Si el plan era impedir por la fuerza la votación, lo congruente hubiera sido actuar del mismo modo en todos los colegios. Hacerlo solo en algunos, dando la falsa impresión de que la musculatura del Estado imponía su ley a chichón limpio mientras dos millones de catalanes se burlaban de ella paladinamente, es una asombrosa contribución a la estulticia política que bate todos los récords hasta ahora conocidos. No solo se ha votado –yo mismo lo he visto con estos ojos que ha de tragarse la tierra–, sino que además parece que se ha hecho con el heroísmo épico que exhibió David frente a Goliat.

La imagen es falsa, desde luego, pero el hecho es verdadero. Los independentistas querían votar y lo han conseguido. Que lo hayan hecho en una consulta sin garantías no debería consolarnos. Lo han hecho de la única forma que podían hacerlo. Nunca estuvo sobre la mesa un referéndum legal y riguroso. El reto de Puigdemont no era arrancar del Estado el permiso para hacer algo que la Constitución prohíbe, sino burlar su vigilancia para repetir la machada del 9-N, ahora frente a la oposición activa de jueces, fiscales y tricrornos. Esos eran los términos exactos del desafío.

Anoche, el Rajoy más patético que yo recuerdo dijo en televisión que había logrado su objetivo de impedir que los independentistas se salieran con la suya. No fue solo un acto de negación de la realidad, sino la invención de una realidad distinta, imaginada a la medida de sus deseos.

Rajoy actuó como un iluminado. Y lo peor de todo es que estamos en sus manos. Si ha fracasado en su intento de impedir que llegáramos hasta aquí, a la puerta misma de la declaración de independencia, ¿por qué hemos de creer que será capaz de arreglar el entuerto que nos aguarda a partir de ahora?

El Estado, con él en el puente de mando, no ha sabido encarar la rebelión sediciosa más importante que ha tenido la nación española a lo largo de su historia. Lo de ayer era lo más parecido a una cuestión de confianza. De la eficacia de su respuesta dependía que el Gobierno conservara el poco crédito que le quedaba como gestor de este lío. Ahora ya no queda saldo alguno que gestionar. Estamos más solos que la una.



El plan de Sánchez –informo, no opinó– era negociar con Junqueras, si los aurigas del *procés* se avenían a no forzar la declaración de independencia, generosidad judicial en los procesos abiertos, reforma constitucional y algún tipo de consulta pactada en tres o cuatro años a cambio de elecciones autonómicas y árnicas temporal en las demandas independentistas. Esa es la opción de la alternativa: sacarnos de Guatemala para meternos en Guatepeor.

Así las cosas, por paradójico que parezca, lo menos malo que puede pasar es que el Gobierno catalán consume la amenaza con la que acabó anoche el mensaje institucional de Puigdemont de dar por instaurada la República catalana. Es la única forma de obligar al PSOE a prolongar la pantomima del apoyo al Gobierno de Rajoy. No resolveremos el problema, pero tal vez ganemos tiempo para poder despedirnos de la España que heredamos de nuestros padres con un poco de delicadeza.

Así las cosas, por paradójico que parezca, lo menos malo que puede pasar es que el Gobierno catalán consume la amenaza con la que acabó anoche el mensaje institucional de Puigdemont de dar por instaurada la República catalana. Es la única forma de obligar al PSOE a prolongar la pantomima del apoyo al Gobierno de Rajoy. No resolveremos el problema, pero tal vez ganemos tiempo para poder despedirnos de la España que heredamos de nuestros padres con un poco de delicadeza.

7

48 horas de furia en TV3

José García Domínguez (*El Mundo*)

Ante la mirada jocosamente del resto de tertulianos, la periodista, una pequeña celebridad doméstica, comenzó a emitir entrecortados gemidos de placer al tiempo que se acariciaba ambas caderas de modo sensual, inequívoco. Un orgasmo. «¡Me está erotizando!», depuso luego, ya cuando las carcajadas cómplices de los otros ponían el broche final al clímax de la representación. La escena transcurrió en el programa matutino de la televisión oficial. Y el sujeto pasivo de aquella burla, el ciudadano al que se intentaba ridiculizar por medio de la astracanada coral, era el catedrático de Filosofía y actual diputado socialista por Barcelona Manuel Cruz, quien acababa de realizar unas declaraciones contra el monopolio del discurso nacionalista en los medios de comunicación locales, algo que no había sido del agrado de los responsables de la cadena.



Manuel Cruz

Aquella vez Carles Puigdemont no consideró preceptivo emitir opinión personal alguna sobre el asunto. Sin embargo, cuando la misma periodista de TV3 procedió, poco tiempo después, a quemar ante las cámaras un ejemplar de la Constitución previamente rociado con gasolina, el presidente de la

Generalitat sí creyó conveniente hacer público su parecer al respecto. «La libertad de expresión está por encima del mal gusto», expuso, lacónico, el máximo representante del Estado en la plaza. Mensaje recibido.

TV3, la nostra, según reza su nada hipócrita eslogan, el cauce audiovisual único a través del que se informan sobre la actualidad política el 60% de los catalanes, tiene por norma ancestral recurrir a la técnica del cinco contra uno en los espacios de debate (cuatro avezados tertulianos nacionalistas, con la colaboración siempre activa del presentador del programa, apabullan a un quinto, el sparring que les sirve de legitimadora coartada pluralista). Pero, durante estas vísperas tensas, ya a menos de una semana de la consumación del tejerazo, incluso eso se les antoja demasiado generoso con el enemigo espanyol.

Así, en la edición de Els matins del martes pasado, el programa de los gemidos y la gasolina, la plaza del unionista (cualquiera que hoy defienda el orden legal que emana de la Constitución recibe ese calificativo en TV3) fue cedida a Montserrat Nebrera, una suerte de Fouché catalán, solo que con faldas (y a lo loco). Nebrera, antigua aspirante a líder del PPC, tardaría menos de un mes en decirse independentista tras ver frustrada aquella aspiración suya por el veto de Génova. No es de extrañar, pues, su pasiva actitud silente cuando un tercero en liza, un individuo que fue presentado como profesor de ciencia política, comenzó a repetir una y otra vez que «nosotros negamos esa Constitución de ellos». De ahí que, al final, los espectadores se quedaran sin saber quiénes son «nosotros» y quiénes «ellos».



Montserrat Nebrera

Sí se le explicó a la audiencia, en cambio, que el orden legal vigente en España establece de modo claro e inequívoco que las fuerzas de la Guardia Civil y de la Policía Nacional que están actuando en Cataluña tendrían la obligación de someterse al mando único del jefe de los Mossos, el funambulista Trapero. Antigua militante del PSC ahora escindida y alineada con los separatistas, Montserrat Tura, una licenciada en Medicina que dirigió la Consejería de Interior cuando el tripartito, aseguró saber de muy buena tinta que la interpretación jurídica correcta es esa, pero que el Gobierno ha prevaricado al nombrar al coronel De Mesa.

También convidada en calidad de tertuliana, Joana Ortega, la vicepresidenta del Gobierno de Artur Mas que acaba de ser condenada por la convocatoria ilegal del 9-N, aprovechó la oportunidad que se le brindaba para revelar ante las cámaras que aquella mañana, la del 9-N, se negó en redondo a entregar a la Fiscalía la lista con los nombres de los directores de los colegios e institutos donde se iba a votar. «Como es lógico, no se la dimos», presumió. Como es lógico, tampoco nadie le afeó esa conducta delictiva entre el resto de los presentes en el estudio. Lo lógico en una democracia, ya se sabe, es no obedecer a jueces y fiscales.

Tarda oberta, el espacio que se emite tras la maratón insurreccional de las mañanas, ofreció a continuación el más difícil todavía: un olímpico siete contra uno. ¡Siete! La de los orgasmos, criatura dotada con una predisposición innata para lo zafio, otros cuatro agitadores de plantilla y dos presentadores-activistas, todos contra el estoico de turno. Terminada la escabechina, el mismísimo consejero de Justicia de la Generalitat, Carles Mundó, compareció en escena para hacer partícipes a los espectadores de la siguiente reflexión doctrinal: «Hay dos cosas que

conviene no saber nunca cómo se hacen, las salchichas y las leyes». Grandes risitas de los presentes.

Luego, dos periodistas de la casa procedieron a hacer entrega de un regalo sorpresa al señor consejero: una corbata con la imagen estampada de Piolín. Más risitas en familia. Acto seguido, y tras el jiji-jaja, tomó el micrófono un tal Graupera para, con la mirada ida y fuera de sí, invitar a todos los agentes del cuerpo de los Mossos d'Esquadra a incumplir la legalidad y sublevarse contra cualquier autoridad legítima que les ordene hacer cumplir la sentencia del Constitucional. La encendida arenga del perturbado incitando a las fuerzas del orden a cometer el delito de sedición, como no podía ser de otro modo, fue seguida con el más respetuoso silencio por los responsables de la emisión.

En la edición de ayer miércoles, el teórico papel del sparring en Els matins le tocaba a Ricardo



Ricardo Fernández Deu

Fernández Deu, añeja gloria del circuito catalán de TVE durante el franquismo y antiguo consejero de la Corporación Catalana de Radio y Televisión en representación del PP. Pero Fernández, un profesional por encima de todo, cambió raudo de bando en cuanto le abrieron el micro. «Se está utilizando a la Policía de forma indiscriminada», denunció de entrada. Para añadir sin solución de continuidad que «el responsable es Rajoy». Ni una mención, ni una sola, a la sublevación en marcha que se está desarrollando delante de sus narices.

Tras un ademán explícito de aprobación, Joan B. Culla, un historiador y publicista de la ortodoxia doctrinal anti española desde su tribuna semanal

en el suplemento catalán de *El País*, celebró satisfecho la deposición de Fernández. «Eso que dices es impecable», le aclaró. Visiblemente complacido, Fernández sonreía a la cámara. Se acaba de ganar unas cuantas tertulias; con un poco de suerte, incluso el doblete en el programa de la tarde. Lo dicho, un profesional.

Un par de horas más tarde, y siempre dentro del mismo maratón levantisco de Els matins, un representante sindical de los Mossos afirmó taxativo, rotundo, que ellos, los policías de Puigdemont, son «los garantes de la cohesión interna de la sociedad catalana». Palabras arcanas donde las haya. E inquietantes. El resto de la jornada, en fin, más de lo mismo. Y así todos los días.

8

De cinismo y cobardía, apaciguamiento y perdición

La Tribuna del País Vasco

Piqué ofreció ayer, entre lágrimas de cocodrilo, dar un paso atrás si su presencia en la selección española de fútbol es incompatible con su apoyo a la ruptura de España.

«No es una competición de patriotismo», nos regaló la victima, mientras su natal F.C. Barcelona declaraba su patriótico compromiso con el golpe de Estado. «Somos más que un club». Asco.

La falsa equidistancia de Piqué, preocupado solo por sus dineros y prestigio, desaparecería si el pusilánime gobierno de España aplicase solo la Constitución e hiciese ver que, además de que el

separatismo avoca a España y a Europa a la catástrofe, hay un costo pecuniario inmediato en el bolsillo de todo aquel que pervierta la ley.

Pero dicha perversión, además de salir gratis, la financia Madrid en una dinámica de impune corrupción que a todos asombra. Esta loca huida hacia el vacío tiene como causa subterránea que en 2018 acaba el secreto bancario con Andorra, caja fuerte de la corrupta burguesía CAT iniciada en tiempos de la banca catalana saqueada por Pujol, mientras proclamaban el tan manido «Madrid ens roba». La necesidad del golpe hoy y no ayer, es su huida de la justicia. Si, de nuevo «la pela».

Para perpetrar semejante latrocinio se creó el arma definitiva: la tergiversación de nuestra historia a través de la cesión de la educación, que convierte al patriota español Casanova en un separatista, y el canto de «Els Segadors» que degollaron a la expoliadora burguesía CAT (no la castellana) en el himno de un separatismo cuyo desastroso final en manos del primer Puigdemont fue trágico. Pau Claris costó a España la pérdida del Rosellon y la Cerdanya a manos de Francia, con quien había pedido la anexión y cuya primera medida fue prohibir el catalán.

Jaime I de Aragón (quien ganó esas tierras perdidas por Claris) declaraba en el concilio de Lyon en 1274: «Barones, ya podemos marcharnos. Hoy a lo menos hemos dejado bien puesto el honor de España».

Aquellos reyes iberos dejaron sus vidas y empeños en recuperar la unión de los reinos. Hoy, cuatro visionarios corruptos, emulando al sanguinario y marxista Companys un 4 de octubre, rey de checas y torturas sin fin, pretenden vender que las gentes de Baleares (1231) o Valencia (1236) eran mudas hasta que su supuesto separatista Jaime I llevó la lengua catalana.

Jordi Pujol decía en los años ochenta del pasado siglo que una nación no existe sin lengua. La realidad es que Pompeu Fabra expolió los diccionarios y gramáticas de esos reinos para crear los del catalán, dialecto que hasta primeros del siglo XX no tenía ni diccionarios ni gramática y lo llamaban por su nombre, Lemosí, ese dialecto franco recibido, pues la Cataluña norte o Marca Hispánica fue 500 años francesa hasta el tratado de Corbeil en 1258, cuando Jaime I de Aragón (jamás catalano-aragonesa) los anexió.



Entrada de Jaime I de Aragón en Valencia

Y así se escribe esta trágica mentira histórica, que ha sobrevivido gracias al silencio, cobardía y complicidad del PP, quien impuso como lengua oficial en Baleares el catalán, y quien regó de modo criminal y apaciguador, con el dinero de todos, al separatismo CAT los últimos seis años, en un rendicionismo cuya factura se paga siempre con sangre, y que hoy nos aboca a una nueva Guerra Civil.

Hoy aún retumba aquella frase demoledora que precedió a la II Guerra Mundial: «Os ofrecieron el deshonor o la guerra. Elegisteis deshonor y tendréis guerra», dijo Churchill a Chamberlain tras la cesión de este en Munich ante Hitler (inventor del «derecho a decidir» que reivindican hoy los supremacistas separatistas CAT que reclaman los «países catalanes») para la anexión de los sudetes.

«Separatismo: artificio ideológico que se inventa un país vecino para quedarse con un trozo del tuyo mientras te llama fascista opresor».

Días como el pasado domingo son fecundos en desinformación. Y una de las más llamativas y que mayor éxito cosechó fue la de la Generalidad fijando en 844 el número de heridos. Sorprende que un Gobierno que el pasado 17 de agosto sufrió uno de los ataques terroristas más graves que ha padecido España en su Historia diera entonces la información de los heridos, concentrados casi todos en una misma calle de Barcelona, con una lentitud exasperante. Y en cambio, este domingo, para recontar las supuestas heridas padecidas por quienes estaban



La policía y la Guardia Civil aguantan, estoicamente, mientras pueden, el ataque de las masas

violando la ley y agrediendo a la Policía a la que impedían hacer su trabajo, cogieron tal carrerilla que llegaron a 844 antes de que terminara el día. Y describo lo sucedido de esta manera porque yo estaba en el incidente más grave de todos, el del Instituto Ramón Llull, en el que se dispararon una veintena de pelotas de goma y yo vi la agresión a la Policía, que tuvo

que defenderse. Después de ver esa estadística publicada por medios de comunicación del mundo entero, la Generalidad aclaró ayer que de los

supuestos 844 habían pasado la noche en el hospital... 4. Tampoco aclararon que uno de ellos había sufrido un infarto de miocardio y había sido atendido por la Policía Nacional. Total, para qué. Todo es bueno para el convento. Y la violación de la ley ha dejado de ser causa que justifique el uso de la fuerza para garantizar que se cumpla.

Del recuento, para qué hablar. Los ejemplos de urnas en las que se votaba reiteradamente son infinitos. Así se explica que en la localidad gerundense de Palol de Rebardit, de 470 habitantes, el sí sumara 1.002 votos. Un detalle menor que no va a frenar la declaración unilateral. Conviene ahora que el Gobierno explique por qué se creyó que el cumplimiento de la Ley iba a servir para frenar a quien proclamaba que la iba a ignorar. Antes del fin de la semana nos vamos a encontrar (ojalá me equivoque) con una proclamación de independencia. ¿Espera el Gobierno que quien haga eso se amilane ante las iniciativas de los tribunales? Más probable será ver la próxima semana a todos los miembros del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña puestos en la linde de la comunidad por los Mozos de Escuadra, comandados por el propio Trapero. Que para eso sí van a ser capaces sus chicos de hacer algo más que «levantar acta».

Y después de que todos los españoles creyéramos entender al portavoz del Gobierno el pasado viernes que Puigdemont y Junqueras habían dejado de ser interlocutores válidos, el domingo, una vez consumado el delito, Rajoy vuelve a hablar de diálogo. ¿Con quién? ¿Va el Estado soberano a negociar con delincuentes traidores? Hay una mayoría de catalanes que era fácil ver en las calles de Barcelona el pasado domingo que está completamente al margen de esta patochada. Y si Puigdemont y su Gobierno no están en la cárcel antes de que se proclame la independencia esos catalanes se sentirán abandonados. Y tendrán que cambiar de bando. Para sobrevivir.

La izquierda clásica marxista ha sido siempre, desde la revolución bolchevique de 1917, el paradigma del internacionalismo, pero ahora, sectores minoritarios de la izquierda, y, sobre todo, Izquierda Republicana de Cataluña, histórico partido de la izquierda catalana, han puesto los irracionales sentimientos identitarios por encima de la justicia social y de la lucha contra las cada vez más crecientes desigualdades sociales, con el cínico argumento, intelectual y políticamente deshonesto, de que se han tenido que unir a las élites económicas catalanas para liberar a Cataluña del neoliberalismo y de la corrupción española, ignorando, deliberadamente, que Convergencia (ahora PEDeCAT) ha sido el arquetipo español del neoliberalismo económico, del capitalismo financiero, y de la corrupción.

ERC ha roto con su trayectoria histórica de colaboración en la gobernabilidad democrática de España, y con el legado de Tarradellas, fundador de ERC, que pensaba que «Cataluña debe entender al pueblo español e integrarse en él». El histórico presidente de la Generalitat, exiliado republicano, jamás hubiese pactado con

Convergencia, dado que su vocación pactista y la capacidad parlamentaria de la Lliga de Cambó, fueron expresiones eminentes del catalanismo hispano.

Una CUP elitista

La CUP, partido antisistema catalán, que se le tiene por heredero del anarquismo catalanista, no está integrada por los pobres obreros de la CNT, que pasaron miseria y hambre como empleados explotados por los industriales catalanes, sino por la clase media catalana con ingresos superiores a los 2.000€, muchos universitarios, funcionarios, y profesionales liberales, que en su vida han trabajado manualmente, ni tienen callos en las manos. El artículo 40 del proyecto de Constitución Federal de la Primera República Española, redactado principalmente por Emilio Castelar y el socialista catalán Pi y Margall, sólo consideraba a España como Nación y no reconoció el término nacionalidad.

Las Constituciones de la Unión Soviética habían reconocido el derecho de autodeterminación en favor de las distintas repúblicas que la componían, pero los movimientos nacionalistas se consideraron desviaciones burguesas y fueron duramente reprimidos por Stalin, que paradójicamente, teorizó sobre el derecho a la autodeterminación en su famoso libro *El marxismo y la cuestión nacional*.

La socialista marxista Rosa Luxemburgo sostuvo que el derecho a la separación de toda nación significa, en realidad, sostener el nacionalismo burgués. Tito proporcionó una adecuada solución federal a la complejidad que revestía la integración en un sólo Estado de las nacionalidades que constituyeron la segunda Yugoslavia (1943-1991) que, al disolverse, los serbios, croatas, eslovenos, bosnios, macedonios y montenegrinos, se mataron como animales.

No gobernaría la izquierda

Se equivoca ERC si cree que con la independencia de Cataluña va a gobernar la izquierda. Basta el ejemplo de Ucrania, la más importante de las repúblicas soviéticas, en la que gobierna la ultraderecha.

De todos los autores marxistas que estudiaron el tema del derecho de las naciones a la autodeterminación, sin duda, es Lenin el que más profundizó en él, pero siempre lo condicionó a los intereses supremos de la lucha por la emancipación del proletariado.



ELIGIO HERNÁNDEZ ES VICEPRESIDENTE
DE LA FUNDACIÓN JUAN NEGRÍN, MILITANTE
DEL PSOE Y FUE FISCAL GENERAL DEL ESTADO

Para Carlos Marx el derecho a la autodeterminación es «un invento de la burguesía para dividir al proletariado», y, en todo caso, «debe subordinarse siempre a la emancipación de los trabajadores».

Pablo Iglesias, fundador del PSOE y de la UGT, escribe en 1899: «los obreros castellanos, los obreros de España, saben bien que en todas esas alharacas no hay una frase a favor de las clases oprimidas [...] sino miserables y egoístas intereses» (*El Socialista*, 20.10.1899).

Cuando en 1901 el catedrático socialista don Fernando de los Ríos llega a Barcelona, toma conciencia por primera vez del incipiente nacionalismo catalán, al que consideraba empobrecedor y perjudicial para Cataluña, y una «evolución regresiva» que marginaba los grandes temas europeos, y que, en lugar de aunar voluntades se proponía a alejar de sí a los no nacionalistas.

Ni siquiera su admirado Maragall, concluía don Fernando, «puede desconocer cuán estrecho es el cauce que ellos han abierto para que por él se deslice la vida la vida nacional, y cuán reñido está el nacionalismo con el espíritu moderno».

No nos engañemos, ha dicho el catedrático catalán Vicenç Navarro (diario *Público* del 24 de junio



Vicenç Navarro y Juan Torres López, con Pablo Iglesias

de 2010), hoy militante de Podemos: «Las clases dominantes de las diferentes naciones de España se aliaron para derrotar a la República, siendo los nacionalistas conservadores y liberales catalanes de los años treinta los mayores promotores en Catalunya del golpe militar que persiguió con mayor brutalidad la identidad catalana. El retraso social de Cataluña, no se debe exclusivamente o primordialmente al déficit fiscal que Cataluña tiene con el Estado español, -cuyo crecimiento ha sido facilitado por las políticas públicas promovidas por los nacionalistas conservadores y liberales (de reducción de impuestos y de reformas fiscales

regresivas), aprobadas en alianza con las mismas clases a nivel del Estado español-, sino que responde a la excesiva influencia política de las clases pudientes en Cataluña que no pagan los impuestos que pagan sus homólogos en el promedio de países de la UE-15. Cataluña, cuyo PIB per cápita es ya el 119% del promedio de los países más ricos de la Unión Europea, es decir, de la UE-15, se gasta en su estado del bienestar (o lo que es lo mismo, su gasto público social por habitante), sólo un 73% del promedio de la UE-15».

Las palabras de Negrín

Antes la burguesía catalana había apoyado la dictadura de Primo de Rivera, por su promesa de recuperar el orden ante el auge del sindicalismo revolucionario en Cataluña; y mucho antes, se opusieron radicalmente a la independencia de Cuba, para no perjudicar sus intereses como propietarios de los ingenios azucareros.

El Dr. Negrín, presidente socialista del Gobierno de la II República, en noviembre de 1938, con ocasión del Consejo de Ministros celebrado en Pedralbes, afirmó, según refiere Julián Zugazagoitia: «No estoy haciendo la Guerra contra Franco para que nos retoñe en Barcelona un separatismo estúpido y pueblerino. Estoy haciendo la guerra por España y para España, por su grandeza y para su grandeza. No hay más que una nación: ¡España! No se puede consentir esta sórdida y persistente campaña separatista y tiene que ser cortada de raíz si se quiere que yo siga

dirigiendo la política del Gobierno, que es una política nacional. Nadie se interesa como yo por las peculiaridades de la tierra nativa. Amo entrañablemente todas las que se refieren a Canarias y no desprecio sino que exalto las que poseen otras regiones, pero por encima de todas ellas está España. Quien estorbe esa política nacional debe ser desplazado de su puesto. De otro modo dejo el mío. Antes de consentir campañas nacionalistas que nos lleven a desmembraciones, que de ningún modo admito, cedería el paso a Franco. En punto a la integridad de España soy irreductible y la defenderé de los desafueros de los de adentro».

En el discurso pronunciado en Cuenca el 1º de mayo de 1936, Indalecio Prieto dijo lo siguiente: «A medida que la vida pasa por mí, yo, aunque internacionalista, me siento cada vez más profundamente español. Siento a España dentro de mi corazón y la llevo hasta en el tuétano mismo de mis huesos. Todas mis luchas, todos mis entusiasmos, todas mis energías, derrochadas con prodigalidad que quebrantó mi salud, los he consagrado a España. Mis dos grandes amores son el partido socialista y España, pero si alguna vez hubiera contradicción entre ellos, que no deseo se produzca nunca, elegiría los intereses de España».

Guerra también

En sus Memorias *Cuando el tiempo nos alcanza*, Alfonso Guerra ha escrito: «daría media vida por proteger el derecho que tienen los nacionalistas a defender sus ideales, pero me reservo la otra media para poder combatirlos democráticamente», y recientemente ha recordado con evidencia que «el socialismo y nacionalismo son incompatibles».

Felipe González, en el mitin socialista de apoyo a Patxi López en Barakaldo, en referencia a las aspiraciones soberanistas de Cataluña, afirmó con rotundidad que «no habrá independencia en ningún territorio, en ninguno», y que «plantear el escenario de la independencia estará llevando a la ciudadanía hacia una frustración peligrosa».



Un pacto de Estado

El expresidente González, crítico el «nacionalismo insolidario» que, a su juicio, «infecta a Europa desde el siglo XX», y sentenció que «el derecho a decidir se debe dar dentro de las reglas de juego que hemos pactado». Sostuvo que la actual situación de «emergencia» necesita de un pacto de Estado para «salir todos juntos».

El año 1932, un «socialista», Antonio Zugazagoitia, desconocido para muchos, escribió en su *Panfleto Antiseparatista*: «Español sobre todo, la República está subordinada a España. El izquierdismo español, solo ha de querer el auge y la grandeza de nuestra patria. Al socialismo español, solo caben dos opciones, o bien, pactar con el piojoso separatismo, sectario y reaccionario, o crear un grande y profunda conciencia española».

En sus *Memorias de Otro Desmemoriado*, el escritor herreño José Padrón Machín, que sentó las bases, desde mi infancia, de mi formación intelectual y política, expresa el mismo sentimiento legado por Galdós: «Debo al ilustre maestro de nuestras letras el haber aprendido a amar a España y a conocer a sus hombres. Entiendo que todo hombre tiene dos patrias, la grande, España, y la chica, aquella donde se vio la luz primera. Trabajar por la patria chica es también hacerlo por la grande».

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.